



PARTE 1

**Pinceladas.
Desde China con amor**

Presentación

Es un honor para mí presentar al P. Daniel Cerezo, conocido en China como P. Xie. Y también escribir unas breves notas sobre este magnífico libro, *Pinceladas. Desde China con Amor*.

Ya el título mucho nos dice como mensaje de fraternidad. Conozco al P. Xie, le respeto y quiero, sobre todo, porque su labor misionera no puede quedar en silencio.

Sé muy bien, que por su modestia, lo que voy a escribir, no le podrá del todo gustar; pero la verdad no debe quedar oculta, por una sencilla razón: el tiempo y la verdad forman el matrimonio mejor avenidos del mundo.

Como es tradicional, en una presentación, hay que destacar la biografía del autor, semblanza en este caso mejor, y comentar algo sobre el contenido de la obra.

Hablemos primero de su vida y de su labor apostólica. Daniel Cerezo nace en la provincia de Burgos en 1955. Estudia en el Seminario Diocesano de aquella ciudad. A la edad de 23 años ingresa en los Misioneros Combonianos donde hace los votos temporales el 3 de junio de 1979. Después de realizar el noviciado, es destinado a Uganda, donde acaba sus estudios de teología y es ordenado diácono el 13 de mayo de 1981. Festividad de Nuestra Señora de Fátima. Vuelve a España y se ordena sacerdote el 29 de agosto de 1991, día de Nuestra Señora del Mar, Patrona de Almería, que mirando a África está. Tierra muy amada por el P. Xie.

Vuelve a Uganda y trabaja con el grupo étnico Acholi, del norte de la nación. Después de casi cinco años es destinado a España, para dedicarse a la formación en el seminario de los Misioneros Combonianos de Saldaña (Palencia). Pasados seis años es destinado a Macau. Y al finalizar los estudios del chino cantonés, en Hong Kong, trabaja en la parroquia de San Lázaro de Macau durante cuatro años y, posteriormente, en la nueva parroquia de San José Obrero.

Desde 1996 colaboró con el Secretariado dos Servicios Diocesanos de Macau de cara a China, donde se llevaron a cabo proyectos sociales con los más marginados de la sociedad. Ha trabajado también cuatro años en

Taipéi. El P. Xie colabora en el mundo chino en varios campos, entre ellos el de la formación y, especialmente, lo social.

El contenido de esta obra es el fruto de una serie de Pinceladas, que el P. Xie, como una forma más de apostolado, nos envía desde China, mensualmente, a un grupo de amigos, entre los que tengo el privilegio de contarme. Y la verdad es que siempre las esperamos con ansiedad. En ellas, aparte de sus vivencias personales, tan enriquecedoras, nos hacen meditar. Como verá el lector, nos ilustran sobre la vida, historia y costumbres chinas. Todo ello está escrito con un estilo sencillo y claro, azoriniano, donde no faltan las notas de humor, como reflejo de su inteligencia, que siempre la ironía es prueba de que lo es. Pero, por encima de todo, estas Pinceladas contienen gran dosis de labor misionera, y todo ello en un entorno donde la vida no es fácil. Al contrario, y lo estamos viendo, el control de la autoridad es férrea con los cristianos; las persecuciones están al orden del día, y los encarcelamientos igual. Pero, lo más triste son los asesinatos frecuentes por defender la Fe. De todo ello tratan también estas Pinceladas de amor.

Por esto, por la lectura del libro, el lector fácilmente podrá captar y valorar la grandeza de este misionero sin par. Los misioneros, como el P. Xie, abandonan su familia y su patria para llevar el Evangelio y la fe, a tantos que no han recibido esa gracia, regalo de Dios. Y lo hacen con la alegría de saber que Jesús está vivo en cada ser, y con una esperanza y amor que no pueden contener.

Los misioneros tienen un papel fundamental en la historia de la Iglesia, marcado por el amor y la generosidad, sin límites. Arriesgan su vida porque quieren ser testigos de la Verdad. Ellos, además cumplen, hacen realidad, los anhelos del Papa Francisco, de «salir a las Periferias a buscar a la gente, a conocer a las personas por sus nombres». Y esa es su misión primordial: salir a anunciar el Evangelio a todas las gentes, como lo hizo San Pablo, patrón de los Propagandistas.

Y esa misión la llevan a cabo los misioneros con una palabra, que mucho agrada al Papa Francisco: Encuentro. La cultura del Encuentro es importante para que las personas, las familias y los pueblos vayan adelante.

Los misioneros siguen también las directrices del Papa Francisco para con los inmigrante. Y si tienen que emigrar, que se les acoja con calor y

hospitalidad, que la dignidad no es solo propia de una clase de personas. «Hay que pasar, remacha el Papa, de una cultura del rechazo a una cultura del encuentro». Y son los misioneros y la Iglesia los primeros en ocuparse de ellos, de sus necesidades más apremiantes como en estos días los estamos viendo, gracias a Cáritas. «La Iglesia, en palabras del Papa Francisco, está llamada a ser Pueblo de Dios que abarca a todos los pueblos». Y esa es la misión, que con tanto amor y riesgo para su vida, lleva a cabo todos los días el P. Xie. Y siempre atendiendo, en primer lugar, a los más necesitados. Lo social es para él lo primordial, como lo fue para el P. Ángel Ayala y el cardenal Herrera Oria, fundadores de la ACdP.

Y quiero finalizar estas notas, destacando el enorme cariño que el P. Daniel Cerezo profesa a la ACdP. Su origen estuvo en una invitación que nuestro Consiliario, el P. Gerardo del Pozo, muy amigo del misionero, le hizo para que impartiera, en el año 2009, una tanda de Ejercicios Espirituales a los Propagandistas.

A todos los asistentes les marcaron, y, desde entonces, profesan al P. Xie un afecto especial. Y, entre todos ellos, destacaré, como dice Paco Rico por las Niñas del P. Ayala, a Marta Carmona y a Maite Gómez López; y, por los propagandistas, a Juan Luis Jarillo y a Ezequiel Puig-Maestro Amado, que en su último viaje a España del P. Xie, han compartido mesa y mantel con él, en casa del profesor Francisco Rico Pérez, y un servidor. En aquella tarde noche, inolvidable, gracias a la hospitalidad de Paco Rico, surgió la idea de este libro que, entre todos, le dimos título: *Pinceladas. Desde China con Amor*.

Pero, lo más importante, es que el cariño que el P. Daniel Cerezo profesa a la ACdP y a los propagandistas, se refleja en las oraciones y misas pidiendo por todos nosotros. Y eso debemos de hacer, intentar corresponderle con oraciones también.

Y con este libro que, con cariño, le llegará, desde la ACdP a China, a su sagrada y valerosa misión.

Alabado sea Dios, que le estará bendiciendo cada día por su gran Amor.

Antonio Rendón-Luna
Secretario General de la ACdP

Capítulo 1

POR UNA BOTELLA DE VINO

Todo empezó un 15 de junio de 2011. La epopeya del viaje misionero de vuelta a Oriente tuvo sus momentos imprevisibles. No son momentos que deciden los derroteros del mundo, pero en el archivo de la vida de uno tienen sus implicaciones, resonancias y alegrías. Era la fecha de vuelta a la misión de China y a las 6:45 de la mañana ya estaba bajando las maletas, una grande y otra de mano, desde mi habitación hasta la planta baja de la casa de los Combonianos, en Madrid, desde donde partiré para el aeropuerto. Paso por la capilla y de mi boca no sale otra palabra que no sea ¡Gracias!

Me resultaba todavía raro creer que dentro de unas horas estaría pisando tierra china. Siempre que vuelvo a la misión o retorno al propio país, emerge en mi interior algo así como si lo que está sucediendo no fuera real. Tal es el impacto de la itinerancia misionera. Es un momento difícil de explicar, una especie de mezcla entre fascinante y desconcertante, pero siempre muy lleno de algo que desborda lo humano y cuya presencia de Dios –así lo leo yo– se me antoja bastante absorbente. Me resulta curioso, en esos momentos de la partida, ver que es un momento fuerte e inequívoco de la ratificación de la vocación misionera.

Pero, aun así, percibo que ni siquiera la evidencia de los acontecimientos, como es el hacer la maleta, despedirse de la madre, la familia y los amigos o subir al avión, cosas tan evidentes, sin embargo, me dejan flecos de si lo que está sucediendo es real o más bien algo parecido a un sueño de ojos abiertos. ¡Son momentos para dar espacio a la admiración de todo aquello que sucede a mi alrededor, y constato en esos momentos que la realidad y los acontecimientos me sobrepasan.

Por la mañana me levanté pronto para colocar el ordenador en la maleta, ya que solo me permiten una con 20 kilos y otra de mano de 5 kilos. En el aeropuerto, la cola del avión con vuelo nº CA 908 Madrid-Beijing, estaba llena de ciudadanos chinos que volvían a su país. Yo era una de esas rarezas, sobre todo para los muchos niños que llenarían el avión en brazos de sus madres. Fui, de buenas a primeras, un poco centro de atención de las miradas de

bastantes niños chinos dentro del avión. ¡Vaya concierto que tuvimos en el viaje! Mi maleta pesaba 30 kilos y la pequeña 10. Me excedía de peso, aunque me decía a mí mismo que no llevaba casi nada, solo lo imprescindible.

La azafata encargada de facturar el equipaje, al ver lo que yo llevaba y una vez pesado el equipaje, me dijo muy amablemente: «Su equipaje sobrepasa con mucho el peso permitido». Tenía razón. a dije que iba a China por unos años. Y cuando esperaba que me dijera que tenía que pagar el exceso (40 Euros por kilo) porque son muy estrictos, oí de su boca decir que esta vez me lo pasaba. Me alegró escuchar esas palabras. Debo confesar que ha sido una de las veces que más complicado se me hizo preparar la maleta. Eso de ir ligero de equipaje se rebelaba contra ese otro deseo de tener que dejar las pequeñas cosas que han ocupado una parcela de mi corazón, cada una con su pequeña o gran historia detrás, y que tuve que dejar detrás de mí, en Madrid. Así, ya veis cómo iba de cargado. Cuánto más tiempo se está en un lugar, las raíces van creciendo y el apego a las cosas también. Me decía a mí mismo: «Ahora te das cuenta que al fin y al cabo necesario sólo es Él». Pero al final, la azafata me dijo: «Esta vez se lo permito, pero que sea la última».

Paso el chequeo policial del aeropuerto sin problemas y me dirijo a comprar un par de botellas de vino en el *duty free* para llevar a las dos comunidades de Macau. Le pido el recibo al dependiente y las coloco en una bolsa de plástico que llevaba, de lo contrario tendría que pagar por la bolsa. ¡En qué hora haría eso! Con puntualidad meridiana, a las 11:25 despegó el avión con viajeros de nacionalidad china en su mayoría. El viaje Madrid-Beijing es largo, unas once horas y media. Resulta un poco pesado, pero bien. Llego a la capital después de haber sobrevolado por Rusia, Siberia y luego bajando hacia la capital, Beijing, donde llovía. Llegamos a las 4:30 de la madrugada.

Tengo que hacer trasbordo y coger otro avión que me llevará a Macau. Todavía no han abierto el departamento de conexiones con los vuelos internacionales. Me toca esperar una hora, hasta las seis de la mañana, un «tiempo muerto» como dicen en baloncesto y que oí de labios de mi amigo Francisco Río Pérez. Este «tiempo muerto» me da la oportunidad de pasear un poco para desentumecer las piernas. Pero el silencio de la mañana y la poca gente que pasa me dan la oportunidad para orar. Ya en

el avión, en lo alto, como si tuviera un toque psicológico de más cercanía a Dios, os había recordado a todos, allí en las alturas. Ahora lo hago aquí en el silencio de un lugar llamado a ser nido de muchedumbres, como es un aeropuerto, pero este «tiempo muerto» me pone más cerca de Dios.

A las seis consigo el billete para volar a Macau. En el puesto de policía, todavía tienen una especie de cámara que mide la temperatura de la gente que pasa, al menos los pasajeros de viajes internacionales. Seguidamente, pasé la aduana china, me estamparon el sello en el pasaporte y en el chequeo del equipaje de mano donde llevaba las dos botellas de vino que había comprado en el aeropuerto de Madrid. Pensé que no habría problemas, pero un oficial me indica que le siga a una oficina donde, querirlo sin querer, me encuentro delante de la jefa de la policía del aeropuerto, encargada de decidir sobre las cosas prohibidas que no se pueden llevar en los aviones.

Mientras explico a la oficial (muy joven, por cierto) en inglés que el contenido del equipaje lo había comprado en el aeropuerto de Madrid, me pide el recibo. La oficial ve y revé mi recibo y me dice que no lo he comprado en *duty free* y que lo tengo que dejar allí ya que no estoy autorizado a llevarlo conmigo en el avión a Macau. Entonces paso a utilizar el mandarín porque presumía que la cosa se complicaba. No estaba dispuesto a dejar esas dos botellas en sus manos por nada del mundo. Me dice que no llevaba la bolsa de plástico donde está escrito *duty free* y que el recibo tampoco lo prueba. Me dice que no tengo ninguna prueba y que no puedo pasar las dos preciadas botellas. Y la verdad es que tenía razón porque en Madrid me habían dado un recibo, pero no ponía ni *duty free* ni nada semejante, ni en la bolsa de plástico tampoco.

Ya llevábamos discutiendo unos quince minutos cuando la oficial de la policía hace una llamada telefónica. Seguimos discutiendo. Yo, por mi parte, no puedo ceder, porque estoy diciendo la verdad. También veo su punto de vista y las razones que esgrime. ¿Dónde acabará la cosa? Vuelve a hacer otra llamada telefónica, y por fin me dice que puedo pasarlas. ¡Vaya alivio! Y así concluyo esta primera crónica de la vuelta a oriente, siendo «emperador» rojo Hu Jintao y en el Año Chino de la liebre.

Ya he palpado con evidencia incuestionable que para el que sale de su país, la lengua y la comida son dos elementos clave. Los chinos siempre dan una importancia notable a la comida. Yo digo que para llegar al

corazón hay que hacerlo a través del estómago. Pero creo que no son los únicos. Los *noodles* o fideos chinos juntos con el arroz fueron la parte esencial de las dos comidas que nos sirvieron en el avión. ¡Cuánto tiempo hacía que no los probaba!

Mientras estoy embelesado en poner por escrito, a bote pronto, estas líneas, veo en la pantalla que han cambiado la puerta de embarque. Se trata de la puerta nº 33 que dará acceso al vuelo nº CA 3601 que me llevará a Macau. El aeropuerto de Beijing es casi nuevo ya que se inauguró con motivo de las Olimpiadas, en el año 2008. Me recuerda a la T4 de Madrid-Barajas, al menos en su estructura. Veo que los precios de los artículos y chismes que venden en el aeropuerto han subido como la espuma. China sigue progresando y cada vez que se vuelve por aquí, hay tantos cambios... Espero que alguna vez también afecten esos cambios a la situación de la Iglesia en China y a las condiciones de control y persecución que le impone el gobierno.

Capítulo 2

UN ETCÉTERA DE PERSONAS

El domingo pasado sentí el primer terremoto en Taipéi. Bueno, lo de los terremotos es casi una rutina en Taipéi y la gente está acostumbrada a ellos. No fue fuerte, solo del grado 2 de la escala de Richter. Esta vez, no me moví de la silla donde estaba sentado. Las carambolas de la vida me dan sorpresas inesperadas incluso en el mundo chino.

El *Corpus Christi* se celebraba en la parroquia de San José Obrero, de los Combonianos, situada en el norte de Macau, cerca de la frontera con la China continental. Allí no se ven casinos ni turistas. Pero todo tiene sus ventajas. He notado en las dos semanas que estuve en Macau, que en esta zona norte solía haber muchedumbres de obreros emigrantes de diferentes partes de China. Hoy, me da la impresión que hay menos. Aunque esta zona estuviera considerada como la de más densidad de población por metro cuadrado del mundo. Las fábricas que había en la zona hace seis años han sido trasladadas a China, a la vecina zona de Zhuhai, aunque así hay menos contaminación.

Pues a lo que iba. El día del *Corpus*, justo antes de la eucaristía que tenía que presidir, me di cuenta que estaba preparando otras lecturas que no correspondían a la fiesta, en concreto las del domingo XIII del tiempo ordinario. Yo había preparado las lecturas de la fiesta del *Corpus*. Pero me llamó poderosamente la atención la primera lectura sobre el profeta Eliseo (1 Reyes 4, 8-16) porque coincidía con lo que venía reflexionando de un tiempo a esta parte, en las pocas semanas que llevo en el extremo oriente.

El profeta Eliseo haciendo su trabajo de portavoz de Dios en el mundo en que vivía, pasaba muy a menudo por una ciudad prospera y cuyos ciudadanos eran ricos. Un día una familia le hospeda en su casa y así comienza una amistad fuerte con la misma. La mujer de la familia le ayuda a Eliseo dándole hospedaje. Otro día vuelve a pasar por la ciudad y se queda como huésped en la casa de la familia, con la sorpresa de que la familia decide construirle una habitación para él en el piso superior de la casa. En ella colocan una

mesa, una cama, una silla y una lámpara. Cuando Eliseo vuelve a la ciudad se hospeda allí como si fuera su casa. La familia podría haberle dado dinero y que continuase su camino sin importarles más lo que hacía, pero no fue así.

Le acogieron en casa como a un miembro más de la familia. Esto era mucho más que la simple ayuda económica. Significaba la aprobación total, por parte de la familia, de la vida del profeta y el deseo de participar de alguna forma en su misión. El gesto de la mujer agradó a Dios que le concedió la alegría de ser madre. El pasaje bíblico me recordaba la abundancia de bendiciones que Dios reserva a aquellos que colaboran con quienes anuncian su Palabra.

Meditaba esta lectura en el momento único y siempre irrepetible de la vuelta a la misión. Eliseo representa a todos aquellos que abandonan su tierra, su familia y una vida más o menos tranquila para ponerse al servicio de la proclamación de la Palabra de Dios. Como Eliseo, el misionero no solo necesita la solidaridad económica, sino también que alguien le entienda, comparta y aprecie la obra que realiza y se sienta parte de su misión que es la que Dios ha puesto en sus manos.

He reflexionado al respecto y no puedo por menos de dar gracias a Dios porque a quienes se dirigen estas «Pinceladas chinas» me habéis dado vuestro espacio y vuestro tiempo, además de vuestra solidaridad económica en la misión que Dios ha puesto en mis manos de misionero, pero en la cual estáis incluidos todos vosotros. Al leer la lectura sobre Eliseo y aquella familia, surge de mi corazón un ¡GRACIAS!, sobre todo por haberme dado ese espacio inmenso y sin límites que es vuestro corazón, un corazón que sintoniza con la misión, a través del recuerdo, la oración y de los contactos a través de los hilos digitales de la electrónica.

He percibido en mis encuentros con vosotros, como en el caso de Eliseo con aquella familia, que la misión os importa. Manifiesta también que os sentís conmigo en la misma barca, sea en la proa o en la popa. Al final, lo que importa es ser conscientes de que viajamos en la misma barca, viajando por esos surcos, siempre imprevisibles, de la misión. Así percibo de corazón que también vosotros continuáis la misión de Jesús, desde ahí donde estáis y que pertenecéis con pleno derecho a la gran familia misionera de la Iglesia.

Vuestro interés y sensibilidad hacia la misión de China muestra el aprecio de la tarea que, con el Espíritu del Señor, llevamos adelante y de la cual

vosotros participáis de modos tan variados. A Dios le agradan esos gestos de cercanía, de recuerdo, de colaboración, de simpatizar y de vibrar con el misionero. Son gestos llenos de fe, de compromiso y de sintonía en algo que sentimos en común: la misión.

Aquí, en el mundo chino, también hay personas, como la familia que construye a Eliseo la habitación en lo alto de la casa. Me he encontrado con tantas a la vuelta a la misión en el lejano oriente. Por ejemplo, la señora Gwan, en Macau. A mi vuelta, la he encontrado en silla de ruedas, ya en su vejez, pero que siempre fue un ejemplo de cercanía a la misión a través de su oración y aprecio. O del P. Mok, todavía con buen temple, aunque los achaques de la vejez no los puede disimular, después de tantos viajes solidarios y misioneros en favor de los más marginados de la sociedad china. Y llegado a Taiwán, menciono los nombres de Zhang, Jia, Suen, Feng, Shao y un largo etcétera de personas que colabora en el proyecto comboniano de *Fen Xiang* (Compartir) y cuya finalidad es la colaboración con la Iglesia en China, tanto en la formación espiritual como en su versión social, trabajando con los grupos marginados de la sociedad china: huérfanos, niños afectados de Sida, niños pobres de las zonas rurales que no pueden asistir a la escuela por falta de medios económicos, etc.

A la vuelta a Taiwán, donde voy a estar tres meses para refrescar el chino-mandarín y preparar materiales para el futuro trabajo en China, he visto destellos de la familia que acoge a Eliseo. La Palabra, siempre viva y eficaz, se hace presente una vez más. ¡Dichosos los ojos que pueden verlo! Son reflejos plasmados en rostros que aúnan esfuerzos con la tarea del misionero, haciéndose así ellos mismos, misioneros.

Dicen que cuando se estudia el chino hacen falta tres cosas. La primera paciencia, la segunda paciencia y la tercera, para variar, paciencia. Contemplo todo esto y me digo a mí mismo que el tiempo, las energías, lo que tengo y lo que soy lo dedico a la misión. El estudio de la lengua no es una preparación para la evangelización, sino el modo más genuino de evangelización. Con resultados lentos y con la paciencia diaria, intento dar muestras suficientes de amor al pueblo al que Dios me envía a compartir la Palabra de Dios en su propia lengua que esta vez me interpela a través del profeta Eliseo.